

RÍO SAN FRANCISCO. Dibujo de Roberto Londoño.

¿El centro, los centros o el no centro?

La idea de centro en las ciudades contemporáneas

ALBERTO SALDARRIAGA

“Que el hecho ciudad es algo importante, fundamental en la historia de la civilización, que es la estructura física y social determinante del sistema evolutivo propiamente humano de la comunicación y del progreso, y a su vez la expresión y la imagen, la ilusión figurativa de este sistema en las variadas culturas particulares, es una verdad, sobre la que la indiferencia sentida hacia ella por los estudiosos de los últimos cinco siglos, sirve sólo para confirmarla.”

Ludovico Quaroni

La palabra ciudad, tanto en el lenguaje común como en el especializado, se refiere hoy a un sinnúmero de formaciones urbanas de distinto tamaño y complejidad, algunas de ellas de proporciones descomunales como México D.F., Sao Paulo, Calcuta, Nueva York o Los Ángeles. En los campos especializados se dispone de un mayor número de términos que buscan definir con precisión los tipos y características de las ciudades: megalópolis, metrópolis, áreas metropolitanas, conurbaciones, etc. Hay ciudades grandes, medianas y pequeñas, intermedias o menores según su tamaño y posición en la jerarquía de una red urbana nacional o regional. La idea de “centro” tiene por lo tanto, aparte de sus características comunes, connotaciones diferenciadas según el carácter de la ciudad en el cual se ubica. Significa algo distinto en una pequeña ciudad que en una metrópoli.

Un centro de la ciudad es un lugar en el que se reúnen instituciones y actividades de gobierno, religión, finanzas, comercio y cultura. En términos físicos un centro es el conjunto de espacios, predios y edificaciones en los que se alojan esas instituciones y actividades y el área en la cual ejercen su influencia inmediata. Un centro primario o principal es en el que se localizan las instituciones y actividades que han regido desde sus comienzos



**PATRIMONIO
CONSTRUIDO
DEL CENTRO DE BOGOTÁ**

La investigación y los textos son de José Alejandro Cepeda, comunicador social y politólogo de la Universidad Javeriana, diplomado en lengua alemana de la Universidad de Heidelberg y especializado en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid. Actualmente es docente de la Universidad Javeriana y la Universidad Sergio Arboleda y periodista cultural.

la vida de la ciudad, de la región o del país. Un centro secundario aloja sucursales, filiales o réplicas de esas instituciones y actividades. En términos simbólicos el “centro” de la ciudad es su corazón y su cerebro y como tal es reconocido tanto en política como en economía, cultura y vida ciudadana.

La idea de centralidad es inherente a las formaciones urbanas desde sus orígenes mismos. En las primeras ciudades reconocidas como tales, las de Mesopotamia y el valle del Indo, el centro estaba marcado por la concentración de edificaciones monumentales y espacios abiertos en un lugar “central”. Eran centros simbólicos y de poder. Algo semejante se aprecia en las descripciones de algunas ciudades prehispánicas en América, por ejemplo Cusco y Tenochtitlán, en cuyos centros se agruparon las actividades religiosas y de gobierno y los grandes espacios de congregación. En el modelo urbano hispanoamericano la idea de centro se consagró desde un comienzo en su plaza mayor alrededor de la cual se debían localizar las iglesias, cabildos y residencias de gobernantes y notables.

A pesar del incremento en su tamaño y complejidad, las ciudades europeas y americanas conservaron un único centro durante siglos. El mundo de la modernidad y sus transformaciones han favorecido, en las grandes ciudades, la aparición y desarrollo de centros “secundarios” los que en ocasiones compiten con el principal o “primario”, lo debilitan y pueden llegar a desplazarlo. La idea de un único centro puede quedar corta al tratar de explicar muchas ciudades contemporáneas y puede ser más adecuado hablar de una “policentralidad”, la que no excluye la presencia y el valor de un centro jerárquicamente importante, funcional y simbólicamente hablando.



CIUDAD DE MÉXICO, MAPA DE 1524.

La idea moderna de centro de la ciudad se desarrolló a lo largo del siglo XIX al tiempo con la definición de las disciplinas del urbanismo y de la planeación urbana. En esta definición se tuvieron en cuenta los problemas generados por el crecimiento desmedido de las ciudades industriales europeas y norteamericanas en las que el desarrollo de las periferias cobró una dimensión inusitada. Al tiempo que se definió

la idea moderna de centro de la ciudad se reconoció la presencia de un centro antiguo o “histórico” cuya definición tardó varias décadas en consolidarse y otras más en influir en la planeación de las ciudades. La relación entre estas dos ideas ha pasado por varias etapas, unas de convergencia y armonización, otras de divergencia y confrontación.

El centro de la ciudad, en la óptica inicial de la planeación moderna, se enfocó primordialmente como un asunto político y económico resuelto en términos funcionales. El centro antiguo era, en esa misma óptica, un obstáculo para el progreso de la ciudad y por lo tanto debía transformarse para ser adecuado a los requerimientos de la ciudad moderna. Los defensores del patrimonio urbano se opusieron, desde el mismo siglo XIX, a esta mirada y defendieron los valores de la ciudad histórica como lugar simbólico y como espacio cívico por excelencia. De la confrontación entre estas dos posturas dependieron tanto la demolición como la conservación de sectores importantes del tejido antiguo de las ciudades. Subsiste todavía la pregunta: ¿puede un centro histórico conservar el papel de centro principal de una gran ciudad en el mundo contemporáneo? La escuela italiana en la que han participado autores tan ilustres como Ludovico Quaroni, Aldo Rossi, Vittorio Gregotti y Carlo Aymonino, ha sido la principal defensora del papel de los centros antiguos en la configuración de la ciudad contemporánea, recha-

El centro antiguo era, en esa misma óptica, un obstáculo para el progreso de la ciudad y por lo tanto debía transformarse para ser adecuado a los requerimientos de la ciudad moderna.

za la aproximación funcionalista y aboga por una “urbanística” acorde con el desarrollo histórico de la ciudad.

La idea moderna de ciudad incluyó la desintegración de las actividades propias del centro de la ciudad y su recomposición en una serie de “centros” funcionalmente especializados. Uno de ellos fue el “centro cívico” pensado como el lugar en el que debían congregarse

las instituciones gubernamentales urbanas, regionales o nacionales. Esta noción derivó de la observación del pasado histórico de las ciudades en el que dichas instituciones se localizaron “espontáneamente” en las áreas centrales. La sustracción de la actividad gubernamental de los sectores antiguos implicó, de hecho, su debilitamiento y pérdida de valor en la vida de la ciudad. El nuevo centro cívico debía sustituir esa tradición y pensarse *ex novo* como un conjunto de nuevas edificaciones, funcionalmente adecuadas para el trabajo burocrático, agrupadas en torno a espacios abiertos. Para su localización se propuso, en más de una ocasión, una operación de renovación urbana en el área central de la ciudad o en uno de sus bordes.

Ejemplo de este enfoque fueron los distintos proyectos para el centro cívico de Bogotá propuestos después de 1945. Entre ellos el más famoso es el de Le Corbusier que arrasaba con más de 20 manzanas del centro histórico y las sustituía por grandes espacios abiertos en los que edificios sueltos reunían las funciones oficiales y las de vivienda. En 1954 se inició la construcción del Centro Administrativo Oficial en la periferia occidental de la ciudad, proyecto inconcluso que derivó en el actual Centro Administrativo Nacional (CAN). El Centro Administrativo Distrital es otro resultado de este enfoque, lo mismo que los centros administrativos de Medellín, Cali y Barranquilla.

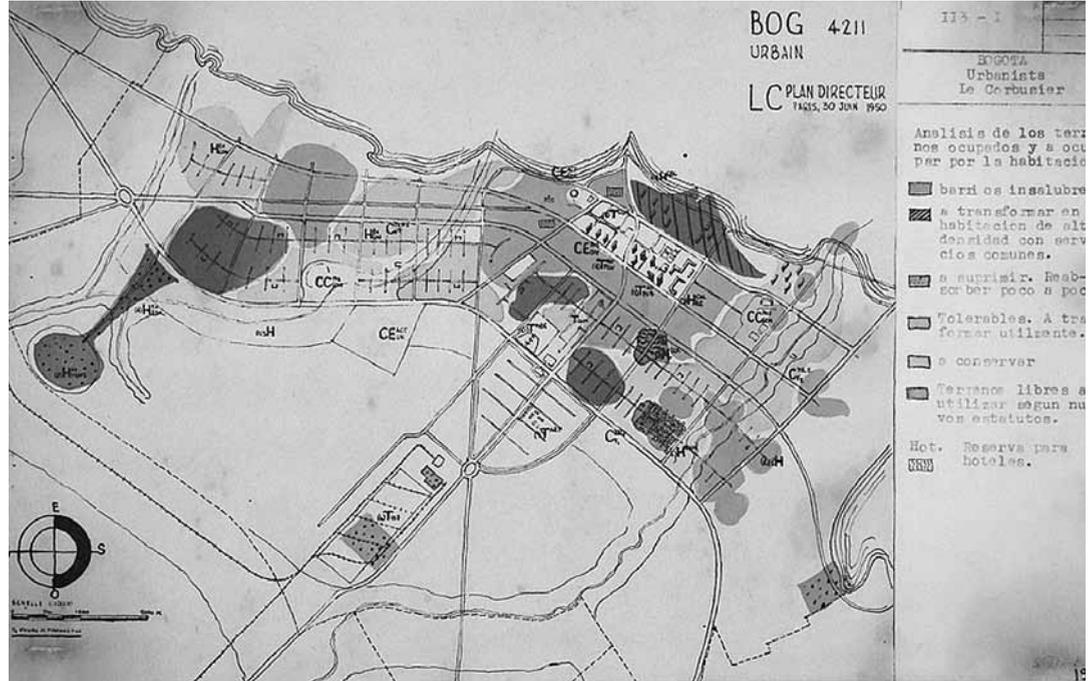
De la idea moderna de disponer de varios “centros” especializados dispuestos en distintos sitios de la



EL EJE AMBIENTAL

Av. Jiménez entre Cra. 1 y 10.

La Avenida Jiménez era una de las vías más transitadas del centro de Bogotá. Hoy, solo los peatones y el Transmilenio pasan por este proyecto urbanístico que rescata la ciudad para sus habitantes y para la naturaleza. Como extensión al valle entre Monserrate y Guadalupe, se enladrillaron las calles y aceras a lo largo de un recorrido de aguas y especies nativas, como palmas de cera y pimientos, entre otras.



PLAN DIRECTOR PARA BOGOTÁ DE LE CORBUSIER, 1950. Foto: Museo de Bogotá.

ciudad derivaron también los modelos de centros culturales, financieros, comerciales y deportivos que se localizaron unas veces en las áreas centrales, otras en sus bordes o en periferias. Ejemplos de centros culturales modernos son el *South Bank* de Londres y el *Lincoln Center* de Nueva York, los que cuentan con edificios independientes para las actividades de música, teatro y artes plásticas. El *Rockefeller Center* de Nueva York puede verse como un ejemplo temprano de centro de oficinas y comercio. El sector de *La Defense* en París fue planeado como un centro especializado en esas mismas actividades y el desaparecido *World Trade Center* quiso ser el centro y el símbolo del comercio mundial.

De la segunda posguerra data la invención del centro comercial norteamericano, planteado hacia 1950 como la respuesta a las necesidades de consumo de los habitantes de los suburbios de las principales ciudades estadounidenses entonces en plena expansión. El “*shopping center*” inicial, un invento pensado exclusivamente en función del automóvil, era un conjunto de tiendas y locales de servicio agrupados en una sola edificación rodeada de estacionamientos por todos sus costados. El centro comercial evolucionó posteriormente al “*mall*”, una edificación de varios pisos igualmente relacionada con la vida suburbana, con mayor oferta de servicios organizados en torno a calles y plazas interiores. El “*mall*” adquirió gradualmente el carácter de simulación o caricatura de una ciudad, confinada en cajas acumuladas en un territorio rodeado de automóviles.

Entre 1960 y 1970 y dentro del espíritu de crítica al funcionalismo moderno se revisó el modelo de centros unifuncionales y se planteó uno nuevo, el de centros multifuncionales que reunieran

El efecto negativo de la visión desintegradora de los antiguos centros de ciudad y la proliferación de centros de todo tipo se manifestó en la pérdida de valor del centro de la ciudad, especialmente en América.



IZQUIERDA: SOUTH BANK EN LONDRES
DERECHA: ROCKEFELLER CENTER EN NUEVA YORK.
ABAJO: LA DEFENSE EN PARÍS.

vivienda, trabajo, cultura y recreación. Este tipo de centros estableció otra forma de competencia con los centros tradicionales y afirmó el carácter desintegrador generado décadas atrás. Un centro multifuncional debía ser una réplica en escala concentrada de lo que antiguamente era un centro de la ciudad. El centro *Barbican* de Londres fue uno de los pocos ejemplos de este modelo construidos en Europa en esos años y su relativo fracaso como lugar urbano condujo en parte al desprestigio del modelo. El Centro Internacional de Bogotá a su manera y en escala mucho menor se constituyó, en varias etapas, en un centro de múltiples funciones.

Pero la mirada al problema del centro de la ciudad no fue sólo la de la formación de nuevos centros polifuncionales. En un anticipo de la posmodernidad, se plantearon problemas más profundos, entre ellos la negación absoluta de lo funcional y la recuperación de los vínculos históricos entre el presente y el pasa-

do de las ciudades, perdidos en la racionalización de la vida urbana. El movimiento situacionista tuvo un papel importante en esa mirada.¹ Los arquitectos vinculados directa o indirectamente a este movimiento, como el holandés Aldo van Eyck, motivaron serias discusiones sobre el tema de ciudad e hicieron propuestas interesantes que repercutieron posteriormente en la mirada a los centros urbanos.

El efecto negativo de la visión desintegradora de los antiguos centros de ciudad y la proliferación de centros de todo tipo se manifestó en la pérdida de valor del centro de la ciudad, especialmente en América. En Europa los centros antiguos conservaron muchas de sus funciones y, sobre todo, la presencia permanente de habitantes. Hacia 1960 se inició una mirada especialmente atenta al problema de los centros de ciudad, en particular por las evidencias de deterioro o decadencia presentes en las grandes ciudades norteamericanas y la formación de “ghettos” o núcleos de población pobre étnica y económicamente segregada. La palabra inglesa “*downtown*” cobró mucha importancia en la jerga de la planeación y del diseño urbano anglosajón de esa década. La idea de “revitalizar” los centros de ciudad data de ese período. Las estrategias planteadas desde entonces han sido muy diversas al igual que sus resultados.

¹ Ver: Sadler, Simon. *The Situationist City*. Cambridge: MIT. (1999)



EDIFICIO PEDRO A. LÓPEZ

Av. Jiménez N° 7-65

Su construcción fue comisionada por el empresario Pedro A. López al arquitecto Robert M. Farrington y a la firma de constructores Fred T. Ley & Company para instalar las oficinas de su banco que funcionó hasta 1923, cuando el edificio fue adquirido por el Banco de la República. Posteriormente se le hicieron dos reformas, en 1931 y 1944. El patio central original alojó una escultura de Simón Bolívar del artista español Mariano Benlliure y Gil.



CENTRO BARBICAN DE LONDRES.

Como ya se insinuó, desde la segunda mitad del siglo XX se han producido dos fenómenos concurrentes: la expansión en ocasiones desmesurada de las ciudades y la aparición de centros secundarios que complementan o compiten con el centro tradicional, en otras palabras el fenómeno de la policentralidad. En un escenario de este tipo la intención de revitalizar el centro tradicional principal cuenta de antemano con ciertos problemas generados por el tipo de desarrollo urbano que ha dado origen al crecimiento de centros secundarios. Una de las formas comunes de expansión ha sido la de incorporar en el perímetro de la gran ciudad antiguos poblados periféricos cuyos centros, al establecer su dependencia del centro principal, han adquirido ese carácter secundario. Ese fenómeno se advierte en ciudades como Londres, París, Madrid, Los Ángeles, México D.F., Bogotá, Lima o Buenos Aires. Es en algunos de estos casos en los que se han constituido las áreas o distritos metropolitanos como unidades administrativas, de planeación y de gestión, por ejemplo el “Gran Londres”, el “Gran Madrid” o el “Gran Buenos Aires”.

En una segunda forma de expansión las nuevas periferias planificadas incorporan desde un comienzo la propuesta de un centro cívico o de un centro de actividades múltiples que, de todos modos, queda supeditado en sus funciones al centro principal, el que, al menos en teoría, debe conservar su posición jerárquica en la ciudad. El modelo

El principio básico de la renovación urbana fue y es todavía la sustitución de tejidos antiguos por nuevos tejidos en operaciones de “borrón y cuenta nueva” y como sustitución de estratos sociales con miras a atraer inversión y permanencia de una nueva población.



IZQUIERDA:
GHETTO
EN NUEVA YORK.

DERECHA:
INQUILINATO
EN BUENOS AIRES.

estadounidense de la suburbanización por su parte ha conducido a la formación de las megalópolis o ciudades continuas en las dos costas de ese país. El término, acuñado por el sociólogo Jean Gottman, se aplica a una forma extrema de expansión urbana en la que ciudades como Boston, Nueva York y Filadelfia se incorporaron en una galaxia suburbanizada en la cual se encuentran dispersos centros de diverso tamaño, importancia y complejidad. En contraste con este modelo, basado en el predominio del automóvil particular, en Europa se encuentran múltiples redes de ciudades conectadas entre sí por ferrocarriles, en las que cada núcleo urbano conserva su identidad y su posición en la jerarquía y cuenta con un centro propio.

Al surgir y desarrollarse los centros secundarios, bien sea en forma orgánica o mediante inducción, los centros principales tradicionales han sido despojados de muchas de sus funciones y actividades y también han sido abandonados por sus residentes y ocupados en forma precaria por nuevos grupos de población pobre. En las ciudades estadounidenses se dio el fenómeno ya mencionado de los “ghettos” y en América Latina el de los inquilinatos o antiguas viviendas ocupadas por muchas familias que comparten los servicios de cocina, baño y lavadero. La “renovación urbana” propuesta y puesta en práctica en Estados Unidos y Europa después de 1950 se pensó como una forma de revitalización de los centros deteriorados, como mecanismo de atracción de nuevos residentes permanentes

y, sin decirlo claramente, como una forma de desalojo de las minorías pobres que los habitaban.²

El principio básico de la renovación urbana fue y es todavía la sustitución de tejidos antiguos por nuevos tejidos en operaciones de “borrón y cuenta nueva” y como sustitución de estratos sociales con miras a atraer inversión y permanencia de una nueva población. Vistos al comienzo como una solución al problema de los centros de ciudad, los fracasos de algunos ejemplos realizados en el mundo entre 1950 y 1960 dieron cuenta de errores básicos en el planteamiento de este tipo de intervención que en Colombia no ha dado hasta ahora ningún resultado exitoso.

Kevin Lynch, en una perspectiva claramente influida por la visión del caso norteamericano, identifica tres modelos de manejo de las centralidades en las grandes ciudades. El primero de ellos es el llamado “modelo jerárquico”, el segundo es el de las regiones urbanas multinucleares y el tercero es el de la ciudad “afocal” o sin centro. Respecto al primero dice lo siguiente:

Con respecto a los centros urbanos, el modelo jerárquico exige que haya un centro dominante que incluya todas las actividades más “altas”, más intensas o más especializadas. A cierta distancia

² Ver: **Weaver, Robert C.** “Class, Race and Urban Renewal” en Elias, C. E.; Gillies, James y Riemer, Svend. *Metropolis. values in conflict*. Belmont: Wadsworth Publishing. (1968)



**ACADEMIA COLOMBIANA
DE LA LENGUA**

Cra. 3 A N° 17-34 - Parque de los Periodistas

Fundada en 1871, para el mantenimiento y promoción de la lengua castellana como eje cultural de la Nación, su sede actual es este palacio de arquitectura neoclásica, construido a mediados del siglo XX por el arquitecto español Rodríguez Ordaz, en terrenos cedidos por el Distrito Especial de Bogotá. La estatua de la entrada es de Miguel Antonio Caro quien con José María Vergara y Vergara y José Manuel Marroquín, fueron académicos fundadores de renombre.

de este centro debiera existir una serie de subcentros, esencialmente equivalentes a aquel aunque de menor tamaño que servirían sólo a una porción de la comunidad y que contendrían actividades menos importantes, menos intensas o menos especializadas, muchas de las cuales “alimentarían” los usos del centro principal. [...] Cada subcentro podría, a su vez, estar rodeado por un conjunto normalizado de subcentros, y así sucesivamente hasta el nivel que sea necesario.³

Lynch añade posteriormente que en el modelo jerárquico se considera que hay funciones urbanas “altas” y “bajas” -en idioma inglés- o principales y secundarias -en lengua castellana- y que hay una forma especial de “áreas de influencia” que definen el tipo de público que asiste bien sea al centro principal o a los subcentros. Aún, como a muchos autores de su época, le preocupa el problema de la “elegibilidad” ciudadana, para ellos particularmente importante. En el modelo de regiones urbanas multinucleares, por el contrario, se defiende la idea de una desconcentración del área central de la ciudad y su fraccionamiento en centros dispersos por la región, unos más especializados que otros. Al respecto dice Lynch lo siguiente:

A ninguna zona en particular correspondería en exclusiva un solo centro, por más que ese centro pueda tener en líneas generales su propio radio de acción. La gente elige, y unas veces acude aquí y otras allá. Naturalmente, no todos los centros serán de la misma escala; algunos son mayores y otros más pequeños, aunque no se dé una distribución rígida y gradual en lo que respecta al tamaño y a las áreas de servicios, y ninguno de ellos sea más importante que los demás. Quizás sea esta una visión más realista de la distribución apropiada de los centros urbanos contemporáneos que las anteriormente expuestas. En contraste con la jerarquía tiene como ventajas la posibilidad de elección y la flexibilidad, y en ella se pueden evitar los flujos de comunicación muy fuertes.⁴

En el modelo de las regiones urbanas multinucleares se favorece, mediante la planeación, la dispersión de actividades centrales previamente descrita y una libertad de elección del ciudadano en cuanto a dónde acude para satisfacer sus necesidades o intenciones.

Una parte importante de la mirada posmoderna a las ciudades es “historicista”, es decir, da importancia a los fragmentos antiguos como ejemplos de una ciudad mejor que la propuesta por el funcionalismo.

³ Lynch, Kevin. “Apéndice D: Catálogo de modelos de formas de asentamiento humano.” En *La buena forma de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili. (1985) 270 p.

⁴ Lynch, Kevin. *Op.cit.*

En este modelo el centro principal se diluye en multitud de centralidades de aparente igualdad jerárquica. Lynch elogia la capacidad de elección del ciudadano, muy norteamericana por cierto, respecto a qué centro o centros quiere acudir. Pero no expresa ningún interés en atender la jerarquía real de las instituciones y actividades en una gran ciudad y especialmente en una capital. En Washington no puede haber más de un Capitolio Nacional y de una Casa Blanca. Igual sucede con las Alcaldías Mayores, los Tribunales de Justicia y las Arquidiócesis en otras capitales y con las instituciones de escala local.

El anterior modelo es un anticipo del siguiente, el de la ciudad afocal en la que se rechaza por completo el concepto de centro y se favorece la libre dispersión de las instituciones y actividades por toda la superficie de la ciudad. Esta ciudad aparentemente indeterminada está determinada realmente por el uso del automóvil privado como medio principal de transporte y por las leyes del mercado inmobiliario y de consumo. Este modelo y el anterior se refieren directamente a las formas adoptadas por las ciudades estadounidenses en las últimas décadas y a las teorías de la planeación que se han intentado aplicar en ellas. El primer modelo se aplica con mayor claridad a las ciudades europeas en las que sobreviven los centros “dominantes”. En las discusiones sobre el destino de los centros de ciudad en América Latina se han confrontado posiciones derivadas de los dos primeros modelos. A nivel de teoría se favorece el primero pero en la práctica ciudades como Bogotá se asemejan cada vez más al segundo.

¿Hay una visión posmoderna del tema del centro de las ciudades? Probablemente sí y ella está representada en el término “ciudad fragmentada” que curiosamente corresponde con dos de los tres modelos de planeación propuestos por Lynch. En esta mirada, derivada claramente del planteamiento situacionista, las ciudades son colecciones de fragmentos que se reconocen a través de la experiencia y que no tiene relación con lo que proponen los grandes planes, a los



VISTA AÉREA
DE WASHINGTON D.C.

cuales se oponen. En la ciudad fragmentada el centro de la ciudad es uno de los tantos fragmentos que coexisten en el espacio urbano y que puede tener ciertos elementos singulares que lo distinguen del resto. Esta mirada tiene un componente de realidad importante, la ciudad contemporánea y en especial las grandes ciudades, no se experimentan como una unidad sino como una colección de fragmentos. Planear el destino de una ciudad en esta mirada dependería de reconocer el valor de los fragmentos y asignarles un papel en el “plan”. Eso contradice lo que propone Lynch en cualquiera de sus modelos.

Una parte importante de la mirada posmoderna a las ciudades es “historicista”, es decir, da importancia a los fragmentos antiguos como ejemplos de una ciudad mejor que la propuesta por el funcionalismo. En esta corriente se vinculan la escuela italiana ya



LA QUINTA DE BOLÍVAR

Calle 20 N° 2-91 Este

En 1919 la Sociedad de Mejoras y Ornatos de Bogotá decide convertirla en museo y remodela la casa que fuera donada al Libertador por los servicios prestados a la Nación y donde vivió, por temporadas, con Manuelita Sáenz. En 1830, tal vez como premonición de su muerte, le regala el inmueble a su amigo José Ignacio París. Hoy, los visitantes tienen acceso al estilo y las comodidades heredadas de los españoles.

mencionada y autores como Colin Rowe, con su propuesta de “ciudad *collage*” en la cual, además de oponerse al funcionalismo rampante y a los conceptos de renovación urbana, propone introducir en las ciudades fragmentos que traigan al presente ejemplos del pasado.⁵

El tema del centro está vigente en todas las ciudades del mundo y en cada una de ellas reviste características particulares. En unas ciudades es más problemático que en otras, según haya sido el tipo de transformación que se ha seguido a lo largo del tiempo y en particular en el último siglo. Cada ciudad latinoamericana tiene su propio problema, pero hay fenómenos semejantes en muchas de ellas, uno de ellos es la pérdida de valor del centro tradicional y la proliferación de subcentros que siguen de cerca la creciente suburbanización del territorio, fuertemente influida por el modelo estadounidense. En estos casos es necesario definir, lo más claramente posible, el papel del centro principal de la ciudad y cuál es su relación con los centros menores. La definición no es fácil de formular, tiene muchas implicaciones en el horizonte no sólo de cada ciudad sino de toda una región o un país, porque en un contexto dado, por ejemplo Colombia, los fenómenos urbanos tienden a replicarse y la decadencia del centro de la ciudad capital se repite en muchas otras ciudades.

Se ha dicho previamente que en una ciudad de gran tamaño hay una tendencia casi inevitable a la formación de centros secundarios o “subcentros” en la terminología de Lynch o de “fragmentos” en la nueva terminología. Ese fenómeno corresponde por su parte a ciertas características de la economía urbana, especialmente a aquellas propias del sector inmobiliario y de las redes de consumo. La pérdida relativa de valor del área central se corresponde con el incremento del valor del suelo en otras zonas de la ciudad en las que el impulso inmobiliario y las redes comerciales se unen para determinar lugares “de prestigio” o económicamente rentables. Devolver el valor al área central requiere entonces de políticas que contemplen no sólo los valores simbólicos presentes allí sino también los potenciales económicos y prácticos de un centro recuperado, activo y habitado.

Un primer problema que se presenta en esta situación es el de decidir si una ciudad tiene un centro principal o muchos centros. Es indudablemente una decisión de planificación. Un segundo problema es el de la delimitación espacial de ese centro principal o tradicional, la que se relaciona con la definición de aquello que es “principal” en una ciudad. Son importantes en este sentido las preguntas que atañen a la permanencia, o no, de las principales instituciones del Estado y de la Iglesia, de las casas principales de las entida-

Un centro puede entenderse como un conjunto de anillos concéntricos de distinta densidad de usos institucionales, religiosos, financieros, comerciales y culturales alrededor de un núcleo específico, bien sea un espacio o un conjunto de manzanas urbanas.

⁵ Rowe, Colin y Koetter, Fred. *Ciudad collage*. Barcelona: Gustavo Gili. (1998)



PLAZA ROJA DE MOSCÚ.

des financieras, de almacenes tradicionales, de lugares de cultura y de la presencia constante de residentes. Hay una forma técnica o especializada de delimitar el área central y hay otra más perceptual e intuitiva: la memoria “situacionista”. Los recursos para la primera son varios: los planos del crecimiento histórico de la ciudad, la identificación de las instituciones y actividades que conviven en un sector amplio hipotéticamente definido, la concentración de espacios y edificios antiguos de valor patrimonial y la coherencia de la imagen visual de ese sector urbano. Un centro puede entenderse como un conjunto de anillos concéntricos de distinta densidad de usos institucionales, religiosos, financieros, comerciales y culturales alrededor de un núcleo específico, bien sea un espacio o un conjunto de manzanas urbanas. En este sentido es posible hablar de un espectro de “actividades centrales” cuya concentración disminuye en los bordes de esa porción del tejido urbano.

Por su naturaleza espacio-temporal es normal encontrar en el centro de la ciudad un núcleo antiguo,

el llamado “centro histórico”, cuya delimitación dentro del área central plantea problemas análogos a los previamente mencionados. En el mundo en general y en Colombia en particular estos núcleos han sido fuertemente afectados por las normas urbanas que favorecen la sustitución de edificaciones antiguas por nuevos edificios de mayor altura que ocupan prácticamente la totalidad de los predios en los que se localizan. Esta forma de “manhattanización” de los centros de ciudad en América Latina ha causado pérdidas patrimoniales irreparables y ha dejado como resultado unos paisajes urbanos irregulares, poblados de culatas y predios vacíos dedicados al estacionamiento de vehículos.

La percepción ciudadana del centro, por su parte, conserva mucho de la tradición urbana y de la valoración de sus referentes simbólicos, por ejemplo la presencia de las instituciones del gobierno nacional, regional o local o todos juntos; la presencia de las iglesias mayores o catedrales y de los templos más antiguos de la ciudad, junto con sus ritos tradiciona-



CEMENTERIO CENTRAL

Calle 26 N° 16-71

El primer cementerio construido en Bogotá data del siglo XVIII, ya que habían sido prohibidas las inhumaciones en los atrios de las iglesias. El Central, construido con los planos que dejara Domingo Esquiaqui un siglo antes, se inauguró en 1837 con el nombre de Cementerio Universal. Se destacan las tumbas de personajes colombianos de la política, principalmente, y entre su valiosa escultura funeraria las realizadas por Tenerani y Sighinolfi.

les; de lugares culturales de primera importancia y de algunos lugares característicos como almacenes, restaurantes, tabernas o bares, en fin, de otros referentes especiales de la memoria urbana. Hay centros con mucha identidad urbana y otros cuya imagen es más difusa. Los espacios públicos cuentan mucho en esa identidad. La presencia por ejemplo de una plaza o parque principal influye mucho en la percepción ciudadana del centro. La Plaza Roja es el centro de Moscú, *Trafalgar Square* es el de Londres, el Zócalo es el de la ciudad de México y la Plaza de Bolívar es el centro de Bogotá. París o Nueva York no tienen un solo espacio característico, tienen varios, y Brasilia tiene la Plaza de los Tres Poderes, un espacio bastante indeterminado pero que conserva el carácter “central”.

El tipo de actividades que puede albergar el centro de una ciudad es muy variado. Es por ello que se considera que la mezcla de usos es una parte importante de cualquier política de revitalización. Pero, como señala Lynch en el texto citado, en un centro de este tipo pueden darse especializaciones internas. Hay por ejemplo calles comerciales en las que predomina cierto tipo de bienes o servicios: ropa, calzado, restaurantes, teatros o cinematógrafos. Hay plazas secundarias que congregan cierto tipo de actividades y que se relacionan con las plazas principales, por ejemplo *Picadilly Circus* y *Trafalgar Square* en Londres, la Plaza San Martín y la Plaza de Armas en Lima y el Parque Santander y la Plaza de Bolívar en Bogotá. Las actividades bancarias y financieras tienden a convivir en determinados sectores del centro de la ciudad y algo semejante pasa con ciertas actividades culturales, por ejemplo los antiguos teatros y las primeras salas cinematográficas.

La idea de un “centro” de una ciudad grande no es un asunto fácil. Para que uno de estos centros actúe como tal se requiere que sea no sólo un lugar memorable sino también un lugar activo en la ciudad y que posea un espacio significativo en la vida urbana. La recuperación del papel del centro en una ciudad grande requiere un índice aceptable de conectividad con el resto del tejido urbano. Este problema se ha resuelto en muchos casos con la apertura de grandes avenidas que bordean un área central e incluso que la atraviesan, sin llegar a resolver del todo el problema de la conexión y con perjuicio del patrimonio construido. La movilidad al interior del centro es complicada, especialmente en los núcleos antiguos. Las congestiones vehiculares son comunes y las soluciones, especialmente las de peatonalización de algunas calles, no son siempre afortunadas. En algunas ciudades europeas los tranvías de baja velocidad y alta frecuencia de circulación presentan una solución eficiente al problema de movilidad interna de los centros de ciudad e incluso de conectividad con otros sistemas de transporte intra e interurbano, sin estorbar el tráfico peatonal.

La idea de un “centro” de una ciudad grande no es un asunto fácil. Para que uno de estos centros actúe como tal se requiere que sea no sólo un lugar memorable sino también un lugar activo en la ciudad y que posea un espacio significativo en la vida urbana.

La atracción de residentes es indispensable en una política de revitalización de un centro de la ciudad. En situaciones de deterioro hay carencia, pero no ausencia total de habitantes. La atracción se debe dirigir a todos los estratos sociales y a todos los tipos de hogar, pero usualmente hay grupos de preferencia. En la mayoría de las ciudades europeas los centros antiguos son lugares de prestigio en los que es costoso residir. La atracción de población adinerada a las áreas centrales que se conoce en inglés con la palabra “*gentrification*” implica la exclusión de estratos de ingresos inferiores y convierten ciertas porciones centrales en sectores exclusivos. Este es el caso de Cartagena de Indias, donde el centro amurallado se ha convertido en residencia de veraneo de ricos propietarios y permanece desocupado buena parte del año.

Uno de los valores de los centros principales ha sido su carácter cultural originado en la presencia de museos, teatros, bibliotecas públicas y salas de concierto. La migración de estas actividades o de su público es perjudicial. En su contra actúan también la difícil accesibilidad y, en ciertos casos, su inseguridad. La protección de este carácter es indispensable en cualquier propuesta de revitalización. La presencia de espacios culturales atrae además cierto tipo de residentes, de ese estrato indefinido llamado “intelectual”: escritores, artistas plásticos, actores y actrices, estudiantes y profesores universitarios, quienes disfrutan de la vida urbana y de la cercanía a sus centros de interés.

La expansión ilimitada de una ciudad plantea serios problemas a la supervivencia activa de los centros

principales tradicionales. El control del crecimiento de los centros urbanos no parece ser una preocupación especial en los sistemas políticos y económicos contemporáneos en los que las leyes del mercado parecen determinar o imponerse sobre cualquier criterio de ordenamiento territorial. Los modelos de planeación identificados por Lynch dan cuenta de tres opciones abiertas a los urbanistas y administradores de las ciudades que van desde un sistema controlado hasta el puro azar. El futuro de los centros de ciudad es entonces un problema político que se traduce en decisiones territoriales. En la ciudad deseable el centro debe desempeñar un papel vital y no accesorio. Ese papel no depende únicamente de la presencia de instituciones centrales o de las actividades comerciales y culturales, requiere de una población permanente, arraigada, de espacios amables que la acojan y, por encima de todo, del reconocimiento y del sentido de pertenencia no sólo en los planificadores y residentes sino en toda la ciudadanía. ■

ALBERTO SILDARRIAGA ROA

Arquitecto y urbanista graduado de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia y especializado en Vivienda y Planeamiento en el Centro Interamericano de Vivienda, en Bogotá. Actualmente se desempeña como Decano de la Facultad de Ciencias Humanas, Arte y Diseño de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.